

EDITORIAL

D

urante el siglo XX y en estos primeros años del XXI, particularmente en las últimas décadas, la psiquiatría fue una de las especialidades médicas que experimentó los cambios más profundos en su paradigma; quizás mayores que los que atravesaron otras especialidades. En los primeros años de la centuria pasada los desarrollos de la psicopatología, fruto de la entrada del psicoanálisis y la fenomenología en el paradigma psiquiátrico bajo la forma de la corriente dinámica, inauguraron un cambio cualitativo en la comprensión de los cuadros descriptos por la clínica clásica. Al mismo tiempo, la vertiente orgánica y psicológica del estudio de los fenómenos de la especialidad también se vio transformada por las nuevas concepciones sobre el Sistema Nervioso Central que introdujo la neurología globalista de Goldstein y la Gestalttheorie. A partir de esos años una sucesión ininterrumpida de novedades tanto externas como internas a la disciplina la pusieron incesantemente en cuestión y obligaron a los psiquiatras a adaptar constantemente sus teorías y sus prácticas. Se sucedieron así los acontecimientos de la denominada revolución psicofarmacológica, los desarrollos de las neurociencias, las aportaciones de la genética, de las neuroimágenes y la aparición de los sistemas diagnósticos basados en criterios explícitos. Cada uno de esos hitos fue sedimentando entre encendidas polémicas, aplicaciones prácticas discutidas, avances y retrocesos en el empeño de comprender mejor y tratar de explicar los trastornos y las enfermedades mentales, para dejar nuevos conocimientos, separando lo útil de lo accesorio. Pero, simultáneamente, el conjunto de la medicina también cambió; se transformaron los sistemas de prestación de salud; nuevos actores, como la industria farmacéutica y la de aparatología médica, se hicieron presentes en la escena socioprofesional; se expandió el concepto de Salud Mental, esa noción multidisciplinaria e intersectorial que toma forma luego de la Segunda Guerra Mundial, con la que algunos de sus sostenedores pretenden sustituir a la psiquiatría; apareció una competencia hasta entonces desconocida con otras especialidades médicas y con otras profesiones. Pero, además, hubo cambios fuertes en la cultura, en la que nuevas categorías éticas cuestionaron ordenamientos seculares; la introducción de nuevas perspectivas éticas, jurídicas y de derechos humanos en la consideración de las enfermedades mentales pusieron en tensión las prácticas y las instituciones existentes. La tentación de los reduccionismos de distinto cuño, biológicos, psicológicos o sociales, acechó y acecha constantemente la praxis psiquiátrica. Por todas estas causas no cabe duda que la psiquiatría sigue atravesando una crisis de su paradigma, como lo diagnosticó hace años Georges Lanteri Laura. Se plantea entonces la necesidad de una redefinición del campo de acción de la especialidad que atienda a las nuevas demandas en la atención y al papel del psiquiatra en el manejo de los trastornos mentales. Resulta obvio ante la magnitud de temas a abordar que en el estado actual de la problemática mencionada realizar predicciones sobre la evolución futura de la psiquiatría no resulta una tarea sencilla; sobre todo si se tiene en cuenta la vertiginosa sucesión de cambios, tan veloces como inesperados que sufren la medicina, la psicología, la sociología, la antropología y las demás disciplinas en las que se nutre la psiquiatría como especialidad médica, así como la interrelación que ésta tiene respecto a la economía, las ideologías en pugna y otros factores socioculturales de diversa índole en constante evolución en el clima de ese verdadero cambio epocal al que asistimos. En el Dossier de este número de Vertex los colegas que lo diseñaron nos proponen "Algunos apuntes sobre el futuro cercano", con la intención de abonar, con algunos ejemplos desarrollados en los artículos que lo componen, la reflexión sobre esta acuciante y difícil tarea ■

Juan Carlos Stagnaro